

LECTURAS

Entre dos Octubres (1917–1989): Aproximación colectiva a una biografía política de Santiago Carrillo

Fernando Hernández Sánchez
Universidad Autónoma de Madrid

Cuando Stalin murió en marzo de 1953, el PCF encargó a Picasso un retrato para la portada del número conmemorativo de *L'Humanité*. El pintor, militante comunista, pretendió inspirarse en la imagen del líder soviético popularizada por el novelista Henri Barbusse: cabeza de sabio, rostro de obrero, uniforme de soldado. Pero el dibujo, ajeno al canon ortodoxo del realismo socialista, disgustó a muchos y Picasso fue objeto de acres críticas que sorteó sentenciando: «Algún día lo que me reprocharan es que haya retratado a Stalin».

Los accidentes de la fisonomía real pocas veces complacen a quienes admiran o detestan a los ídolos. El trabajo del historiador no consiste en maquillar al modelo, sino en situarlo en su contexto. Exponerlo a la crítica de las fuentes. Revelar su historicidad. Santiago Carrillo, como ha señalado Ricard Vinyes para la generación de los años 30, protagonizó la «parte densa» del siglo XX. Otros contemporáneos se quedaron en mitos de la guerra civil, en referentes del exilio o en iconos de la lucha antifranquista. Carrillo transitó en activo todas estas etapas del *corto siglo XX* español. Por ello, su huella es más profunda y su valoración, controvertida.

Estudiar las relaciones entre un personaje, un sujeto colectivo y una época plantea el problema del ángulo de enfoque. Optar por el biográfico supone secuenciar los varios *Carrillos* que hubo en la vida Santiago Carrillo: el joven aprendiz socialista, el catecúmeno en guerra, el hombre en la sombra del primer exilio, el estalinista de puño de hierro de los años 40 y 50, el impulsor del giro copernicano de los 60, el jugador frustrado de la Transición y el tótem quasi senatorial de sus últimos tiempos.

La revista *Historia del Presente*, editada por el Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia Española (CIHDE) y la UNED, acaba de publicar un expediente monográfico dedicado a la figura de Carrillo cuando se cumple el centenario de su nacimiento. Un grupo de autores que han reflexionado en los últimos tiempos sobre diversas facetas de la historia del



Portada del núm. 24 (enero, 2014) de la revista *Historia del Presente*.

movimiento comunista en España abordan en sus páginas el devenir de la biografía de un personaje medular de nuestro siglo XX.

Sandra Souto Kustrín aborda los primeros años de Santiago Carrillo y de la generación deslumbrada por el Octubre soviético: una juventud radicalizada que irrumpió en la modernidad en medio de la depresión económica y el ascenso del fascismo. Aquella generación se vio abocada a ejercitar su músculo en el contexto de una guerra civil, en la que Carrillo —y no exclusivamente— protagonizó episodios de luces y sombras: la construcción del mayor movimiento juvenil de Europa occidental, la Juventud Socialista Unificada (JSU) o los hechos que ejemplifican la brutalidad de la confrontación política en los años 30, la represión de retaguardia. Carrillo no rehusó usufructuar en un principio la fama derivada de ambos logros en beneficio de su ascenso en la jerarquía del partido. El resto de su vida, en sus distintas reelaboraciones autobiográficas, se atuvo a los hechos luminosos y negó de distintas formas su cuota de responsabilidad en los oscuros, probablemente sin convencerse siquiera a sí mismo.

Fernando Hernández Sánchez acomete el periodo de la glaciación política tras la derrota en la guerra civil. En los años 40 y 50, Carrillo fue un aventajado estalinista. Pocos comunistas de aquella generación fascinada por la imagen de la bandera roja flameando sobre el *Reichstag* no lo fueron. Eminentes teóricos del policentrismo, como Togliatti, veneraron entonces a Stalin y corearon los procesos de Moscú. Carrillo, más que la vieja guardia —Ibárruri, Uribe, Mije— fue el responsable de la estalinización del PCE. Fue el encargado de ajus-



Diciembre de 1945. Reunión de la dirección del PCE en Toulouse con motivo del cincuenta cumpleaños de Dolores Ibárruri. Nótese la distribución de los grupos. En primer plano, los jóvenes que estaban ganando peso en la dirección del partido, de dcha. a izqda.: Ignacio Gallego (de pie), Fernando Claudín (sentado), Santiago Carrillo, Francisco Antón (sentado), Luis Fernández (de pie, uno de los responsables militares del Valle de Arán) y Eduardo Sánchez Biedma (de pie, fue detenido en Madrid en octubre de 1946 y falleció tras ser torturado). Detrás, en segundo plano, quedan las figuras más destacadas de la *vieja* dirección del PCE durante la guerra. De dcha. a izqda., pueden verse: Julián Grima (mirando a los jóvenes de delante), Ramón Ormazabal (con txapela), Ramón Silva, Juan Modesto (sonriente, justo detrás de Claudín y Carrillo), Santiago Álvarez, Dolores (en el centro de la imagen), Kety Falcón (a su derecha), Luis Cabo Giorla y Enrique Líster (cuarto y quinto respectivamente desde la izquierda). Fotografía de Guillermo Zúñiga (Fundación UNED) (Nota del Editor).

tar el partido al modelo de *statu quo* definido en las conferencias interaliadas y de procurar un nivel de incidencia en el interior de España que impidiera que los comunistas fueran preteridos en el diseño de una futura salida a la dictadura. Con la colaboración de su amigo Fernando Claudín, posteriormente absuelto por la Historia, Carrillo aherrojó la organización del partido de manera implacable.

Francisco Erice Sebáres analiza los procesos que condujeron a la génesis del partido de masas del antifranquismo. Con una organización galvanizada en torno a un núcleo de cuadros curtidos en la lucha armada y en la clandestinidad, contrapesado por un franco desconocimiento de la realidad española, los análisis acerca del inminente desplome de la dictadura condujeron a la comisión de errores de bullo. En su haber debe contar, sin embargo, la perspicacia para abrir el debate sobre la reconciliación nacional, para captar el potencial de iniciativas autónomas como las que alumbraron las CCOO, o para imprimir dirección a los frentes de masas —estudiantil, cultural y vecinal— que más contribuyeron a erosionar al Régimen. Fue también por entonces, con un anquilosado bloque socialista fragmentado por el cisma chinosoviético y cuestionado por los movimientos sociales emergentes, cuando Carrillo jugó la carta de la independencia de Moscú, aunque nunca dejó de gobernar la organización con un criterio de verticalidad autoritaria.

Juan Antonio Andrade Blanco aporta su conocimiento sobre el PCE en la transición, la coyuntura en que Carrillo cotizó el logro de haber articulado el principal partido de oposición a la dictadura y, con ello, sostener la esperanza de que el franquismo no fuera más que un trágico y turbio paréntesis en la lucha del pueblo español por la libertad. Pero, llegada la democracia, fue sacrificando pedazos de su identidad y refrenando su ímpetu, creyendo obtener así el peso específico en la gobernabilidad del país que las urnas y el modelo bipartidista le negaron sistemáticamente. Su carisma, valorado entonces por sus adversarios, no impidió que su liderazgo fuera cuestionado por unas bases cuyo desarme ideológico fue metabolizado como un rosario de concesiones sin otra contrapartida aparente que el esculpido del rostro del secretario general en el imaginario *monte Rushmore* de la Transición española.

Sergio Gálvez Biesca, por último, destruye a Santiago Carrillo y su legado para la politología, un estilo de dirección propio, lo que sus adversarios denominaron *carrillismo*, mezcla a partes variables de personalismo, burocratismo, desdén teorizante, grandilocuencia táctica y una asombrosa capacidad para atribuirse las ideas de los adversarios purgados. Agotado su tiempo, quien en su momento había acometido una renovación profunda de la dirección del partido para adaptarlo a la nueva realidad española no supo aceptar su propio relevo, dejando tras su forzada salida un paisaje de escombros. Se abría así una nueva fase en la historia del partido que dirigió durante un tiempo decisivo. Una nueva historia en busca de un nuevo sentido y una nueva estructura superando la que históricamente se había forjado a medida de pero también en no pocas coyunturas a pesar de y a veces en contra de su más longevo secretario general.